

orgullosas y desnudas»⁶, observa Casanova. Es más, la lucha con el sable es sostenida por dos cuerpos desnudos. Y el presente decrepito vence al pasado glorioso. Casanova mata a Lorenzi.

Con ello llegamos a lo que pueda haber de humor en este relato. Humor negro, podría decirse en un primer momento. Pero más que de humor ha de hablarse de un aspecto utilizado a veces en lo humorístico. Se trata de lo *ridículo*. Tras dar muerte a Lorenzi, Casanova se acerca al cadáver y contempla «aquel cuerpo juvenil, que, con belleza incomparable, yacía extendido en el suelo»⁷ «Afortunado», piensa mientras lo besa en la frente y cierra sus ojos. Porque no llegando a la vejez, no ha de contemplar su decadencia física ni moral. Y porque quizás ha escapado de entregarse a lo ridículo y a lo repugnante a los que Casanova camina velozmente. No está de más recordar aquí la caracterización que de estas dos sensaciones hiciera Lessing en su *Laocoonte* y que se cumple punto por punto en la novela que estamos analizando. Lo *ridículo*, señaló el filósofo alemán, necesita de un contraste ni demasiado brusco ni demasiado cortante entre la perfección y la imperfección de tal forma que los opuestos «puedan fundirse el uno en el otro»⁸. Y, en efecto, los rivales Casanova y Lorenzi son dos rostros del mismo personaje y se funden en uno solo. Si ante el Casanova de Schnitzler el lector siente cierta risa es porque contrastan sutilmente esos dos opuestos. La juventud y la vejez, en Lorenzi y en el famoso seductor.

Pero la puesta en evidencia más espectacular, y especular, con que Casanova ha de hacerse cargo de su vejez y ruindad, se relaciona con lo *repugnante*. El célebre aventurero, en un momento de la narración, recuerda cómo una vez se acostó y obtuvo intenso placer de una vieja dama que se hizo pasar por joven. Al recordar que su cuerpo entonces juvenil se había solazado con aquel otro viejo siente una violenta conmoción física. Pues, como también advirtió Lessing, la repugnancia afecta principalmente a los llamados «sentidos inferiores» — gusto, tacto y olfato—⁹ los cuales cuando se ven afectados por algo desagradable no pueden ser instantáneamente aliviados por sensaciones agradables. Pues bien, la repugnancia que entonces sintió el joven Casanova es la misma que siente ante el viejo Casanova la bella y

joven Marcolina que, engañada, se ha acostado con él creyendo que lo hacía con su verdadero amante. Y la mirada de Marcolina es ahora el espejo más terrible para Casanova. Es el espejo en el que se ve a sí mismo como ridículo y repugnante cuando aquella mirada le sentencia, no como ladrón o libertino, sino como lo que más temía Casanova, como viejo.

El monólogo de Else

Que dediquemos un breve espacio a las otras novelas aludidas no las coloca en un lugar secundario o inferior. En *La señorita Else* (1924) se desarrolla magistralmente la técnica del monólogo interior que ya había practicado Schnitzler anteriormente. También aquí se ponen ante el *espejo* tanto la protagonista como el ambiente que la rodea. La señorita Else perora consigo misma sin poder compartir con otras personas sus sufrimientos. Schnitzler describe la progresiva turbación de su mente: desde la puerilidad altiva de una chica confiada en controlar su comportamiento ante los demás hasta la puesta en evidencia de la ambigüedad de nuestros sentimientos básicos. Desde la denuncia de la hipocresía familiar y social hasta la presentación de cómo actúan las presiones sociales e instintivas. También en este caso, la vida aparece como un torrente de sensaciones que los sujetos intentan detener en vano. Se detectan, entre otros aspectos, la influencia de Ernst Mach, del concepto de lo fluyente de Hofmannstahl, o de las hipótesis sobre los lapsus de Freud.

Juego en la mañana grisácea

El fluir de la semiconsciencia, el tema del doble y la doblez, o los otros como reflejo de uno mismo son temas que reaparecen en *Partida al amanecer* (1927) sin

⁶ Arthur Schnitzler. *El regreso de Casanova*. Editorial Sirmio. Barcelona, 1991. Traducción de Miguel Sáenz. Página 85.

⁷ Id. p. 106.

⁸ Gottlob Ephraim Lessing. *Laocoonte*. Ed. Tecnos. Madrid, 1990. P. 157.

⁹ Id. p. 166.

que ello reste un ápice de interés a esta novela. De nuevo se pone en evidencia la proclividad de los humanos a autoengañarse si con eso se mantiene la seguridad interior, la máscara del Yo. También aquí el protagonista realiza a su pesar un proceso de autodesenmascaramiento en el que se revela a sí mismo como un crédulo infeliz capaz de las conductas más abyectas. De especial interés resulta la presentación de la tensión *vaguedad/nitidez* propia del fluir de la (semi) conciencia. En el curso cotidiano de la vida —especialmente ciudadana— predomina la vaguedad de las percepciones, la confusión de los recuerdos, la falta de meditación conductual. El alférez Wilhelm, sin embargo, en su viaje a los infiernos, va obteniendo nítidos destellos que le permiten comprender la fragilidad de su propia existencia, y en los que la memoria desenmaraña el curso de su vida. En uno de los pasajes de la novela, Schnitzler ofrece además una interesante descripción de las percepciones y la perspectiva que tiene de una ciudad alguien que la atraviesa en coche. La sucesión de imágenes que obtiene quien la cruza velozmente contrasta con la lentitud de quien anda tranquilamente por ella. Resulta igualmente atractiva la presentación que el novelista realiza del proceso de pseudoliberación de la mujer a través de su adopción de papeles masculinos. Se alude con ello al tema de la *mujer fatal*. Pero, sobre todo, la venganza que una amante despechada ejerce sobre el alférez prostituyéndose, le permite a éste comprender el innoble desdén y crueldad con que había tratado tiempo atrás a la joven. Su propia humillación resulta así espejo de la que él había anteriormente infligido a aquélla.

Relato soñado

En *Relato soñado* (1926), la última novela publicada en España de Schnitzler, se abordan las ambigüedades que presentan las relaciones matrimoniales en lo relativo a la distancia físico-espiritual de sus miembros. La proximidad de la aversión y la ternura, de la necesidad de sincerarse tanto como de la conveniencia de no perder el secreto, de celos y despechos, del anhelo de seguridad tanto como de la sed de aventuras. La difi-

cultad de saber si tras las máscaras en las que el sujeto se refugia puede hablarse de un rostro primigenio, se hace especialmente intensa. La singular «ronda» nocturna emprendida por el protagonista permite a Schnitzler analizar sus miedos y exponer distintos grados de espectral irrealidad que se hacen crudamente reales en el contacto físico —de nuevo el sentido «inferior» del tacto como presentación de lo repugnante— con un cadáver.

Rafael García Alonso

Mitterrand*

En el crepúsculo, los rasgos del paisaje físico se estilizan. Igual sucede en el final de los hombres y mujeres. Dados sus caracteres fisionómicos, el proceso ha sido muy ostensible en la entera fisonomía del cuarto presidente de la Quinto República; proceso que ha tenido un estrecho paralelo en su perfil psicológico e intelectual.

Ello es el tema —eje de la semblanza trazada por alguien muy próximo al autor de *La Abeja y el arquitecto*—

* R. Gouze. Mitterrand par Mitterrand. L'homme, l'écrivain. Paris, le Cherche Midi éditeur, 1994, 176 páginas.

to—, con la proximidad, claro es, que ha permitido éste siempre a sus íntimos, entre los que, según confesión propia, no se encuentra el autor del libro comentado, Roger Gouze, hermano de Danielle Mitterrand. Hijo de maestros, rasgo y características que, según es bien sabido en la Francia contemporánea, ha solido comportar un ideario muy definido y concreto; hombre de letras ante todo, coloca su observatorio en el ángulo intelectual para desde él abocetar la etopeya de un hombre por el que siente indisimulable simpatía, si bien no se encuentra identificado con él en algunos extremos sustanciales, como la religión y, en menor medida, la política.

Acaso con mayor intensidad que de otros grandes políticos coetáneos del Hexágono y de fuera de él, cabe decir que el destino de Mitterrand se inscribe en la infancia y adolescencia. Estas serán, pues, etapas muy recorridas por el análisis de Gouze en su breve obra. Provinciano, lo que también en Francia implica de ordinario un talante y una connotación más acusados que en otros países, y católico, condición ésta que igualmente entraña o entrañaba, por mejor decir, en el país vecino, unas peculiaridades más acentuadas que en otras naciones de la vieja cristiandad, Mitterrand no se ha desprendido, ni acaso tampoco querido, de tales connotaciones en una trayectoria repleta de avatares y aventuras, de evolución constante y de rupturas casi ininterrumpidas. Los ecos del conservadurismo de orden, —no del dinero, vitando en su medio familiar, ni del poder— de su juventud, y una filiación religiosa nunca desmentida, harán que el último de sus biógrafos se sienta inclinado a cuestionar un tanto las creencias y posiciones socialistas del hombre que hace un cuarto de siglo renovó, más que nada por su talento oratorio y por una audacia que, triunfante, proporciona de ordinario elevados réditos, *de fond en comble* un SFIO en estado comatoso tras la vuelta de De Gaulle al poder en 1958.

Sin pronunciarse claramente, como decíamos, el autor niega esta identidad política a un cuñado alineado, según él, en las filas de una burguesía radical y de un cristianismo progresista. Episodios varios de la asendereada existencia del que fuera el más joven

ministro de la Cuarta República, son traídos a las páginas de la obra para fundamentar dicha hipótesis, que, por lo demás, no hay mayor inconveniente en aceptarla como la imagen más fiel del hombre de las mil figuras. Escrito el libro en edad muy avanzada, la lucidez de su autor se ve quizás algo empañada en ciertas ocasiones, y la referida es sin duda una de ellas. Un tanto machacona y extemporáneamente cae en la tentación de convertirse en dómine y en guardián de la ortodoxia socialista, incurriendo incluso en alguna que otra digresión.

Pese a esto, la pertinencia de algunas cuestiones sustantivas en punto al ideario político de Mitterrand, resulta innegable para aproximarse al hondón de una personalidad virtuosa en la ambigüedad y los claroscuros. «La primera constatación es que Mitterrand no se encuentra a gusto en el mundo de la abstracción ni en el manejo de las definiciones y conceptos (...) El aprecia poco las palabras en «ismo». Ya en 1934 reconocía en una carta no tener alma de filósofo. De ahí que coloque siempre a los hombres por encima de las ideas. La ideología no es su fuerte. Incluso si en la *La Rose au poing* estudia, por ejemplo, la autogestión o la lucha de clases, se ve que en él la política y también el socialismo responden, ante todo, más que a una doctrina, a problemas éticos y aún mejor, a aplicaciones prácticas. Tampoco se encuentra a gusto en la economía política, que estima como una pseudociencia (...) Su poca atracción por ésta es más expresión de una indiferencia, que de incapacidad o ignorancia. En su día hizo un esfuerzo y se zambulló en ella, sin dejar de estar convencido posteriormente de la insuficiencia de su contenido, arropado y envuelto en la exuberancia de vocabulario». (p.66)

Pero, no obstante la atención prestada por Gouze a la primera etapa de la vida de su personaje y a su dilatada travesía por el mundo de la política, el interés de su obra no reside ahí. Se centra en los capítulos —núcleo, en realidad, de la obra— consagrados a Mitterrand como escritor y crítico literario. Los dones de escritor de quien ha dado a la luz ensayos de innegable sugestividad y perspicacia, su formación humanística y las condiciones en que se desarrollaron su afición y conoci-